

AUTORIZACIÓN SEXUAL Y ÉTICA DEL PSICOANALISTA

Gabriela Nuñez

Escuela Freudiana de la Argentina

El deseo es una actividad latente y en eso se parece a la escritura: se desea como se escribe, siempre.
Marguerite Duras, entrevista en *Le Nouvel Observateur*, 14 de noviembre de 1986.

De lo que parto, como articulador de lo que voy a plantear, es que en tanto no hay relación sexual que pueda escribirse hay autorización.

Ya desde la definición que da Lacan : el sujeto es lo que representa un significante para otro significante, lo que suele nombrarse como su definición canónica del sujeto, y que mantiene a lo largo de toda su obra, el significante, tal como lo dice en el Seminario 16, “ bajo cualquier forma que sea que se produzca, en su presencia de sujeto, bien entendido, no podría reunirse en representante de significante sin que se produzca esta pérdida de identidad que se llama —hablando propiamente— el objeto a”.

Entonces, a nivel del ser que habita el lenguaje, que es habitado por el lenguaje - ser hablante - si se trata del significante no se trata de la identidad sexual sino de la identificación y de la sexuación como hecho de decir. Macho y hembra, eso es real, hombre y mujer son cuestiones de significante, posiciones sexuadas que dicen de una cierta relación al goce. No hay complementariedad de los sexos, esto es, no hay complementariedad de los goces.

Si la estructura la definimos en los términos S1, S2, sujeto barrado, a, “no hay relación sexual que pueda escribirse” es la estofa misma de la estructura.

Lacan es contundente: “si un significante es lo que representa un sujeto para otro significante”, de lo cual deviene el sujeto dividido y el a como resto, eso debería ser el terreno elegido para referirnos a la sexualidad”.

El sexo, para cada quien, se dice. Y en una relación a la verdad que, en tanto no hay relación sexual, solo puede semi-decirse.

Tal como lo plantea en “La significación del falo”- entre otros lugares- el significante tiene función activa en la determinación de los efectos en lo significable, que sufre su marca, siendo el falo el significante destinado a designar en su conjunto los efectos de significado.

Es Freud quien ubica que en la sexualidad humana se trata de un desarreglo fundamental.

Va a decir en “La feminidad”: aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender.

Y se pregunta: ¿Podrá hacerlo la psicología? “Estamos habituados a usar «masculino» y «femenino» también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos transferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculinamente y en esto otro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. No es posible dar ningún contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino”. Concluye: “ese distingo no es psicológico”.

Lacan usa una metáfora para referirse a la sexualidad: dice que es un género, un muaré. Muaré (moirè) es un tipo de tela, de género, brillante que tiene un efecto visual de fluctuaciones o ondulaciones. Es interesante lo que se conoce como efecto moiré: el moiré es una interferencia visual; un efecto geométrico de distorsión ocasionado por la interacción de dos patrones de trama, situados uno encima del otro. El resultado es un nuevo patrón con un efecto visual un tanto peculiar. A este efecto visual se lo llamamos moiré o muaré. La sexualidad, entonces, en tanto efecto moiré, podemos decir que es el efecto de cierta interacción significativa, a partir de que no hay subjetivación del sexo.

Si bien no hay medida que de certeza de pertenecer a un sexo, el falo, hace ilusión de medida de goce.

A la altura del Seminario 5, “Las formaciones del inconsciente”, y de “La significación del falo”, Lacan habla de la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo.” Luego, con la introducción de la función fálica, se trata no solo de la significación fálica, articulada en la metáfora paterna, al ser o tener el falo, sino lo que del decir puede cernir la posición sexuada de quien habla, desde un determinado lugar, lugar hombre o lugar mujer, en su relación al significante fálico y al objeto a.

“Durante un tiempo, dirá Lacan, esta bipolaridad de valores- masculino, femenino- ha sido considerada soportar suficientemente, suturar lo que hay del sexo”. Pero eso falla: la inconmensurabilidad del objeto a se articula con la imposibilidad de obtener, en el acto sexual, un uno unificante. El fallar es el objeto, y fracasar es la dimensión de realización posible de la relación entre los sexos.

En relación a eso que falla es interesante para pensar una observación que hace en lo referente al goce propio de la mujer, a ese goce no-todo. Advierte: no se ha apreciado aún su repercusión sobre el conjunto del discurso social (Lacan, “El psicoanálisis en su referencia a la relación sexual, 3 de febrero de 1973)

Si la castración está en el centro de la relación sexual que no hay, en tanto su causa está ausente, es vacío de causa, el objeto a va allí a sustituir, a hacer semblant de lo que falta. Me refiero a la castración entendida como la “operación real introducida por la incidencia del significante en relación con el sexo ...”. Castración que arroja como producto la causa del deseo.

Lacan refiere lo imposible de escribir la relación sexual como la función que regula todo lo tocante a nuestra experiencia. Y, en esta misma línea, que el discurso analítico no se sostiene sino con el enunciado de que no hay relación sexual, que esto es lo que sostiene el avance del discurso analítico. Recuerdo una advertencia que hace en el Seminario “El saber del analista” acerca del “silencio psicoanalítico institucionalizado sobre el hecho de que no hay relación sexual”.

En el seminario 21, al referirse a las fórmulas cuánticas de la sexuación, considera que las mismas podrían decirse también de otro modo: el ser sexuado no se autoriza más que de_él mismo y con algunos otros. La traducción a la que adhiero es una decisión de lectura, que es la orientación que está en juego en la lógica de lo que hoy estoy diciendo: “él mismo”, “con algunos otros”, alteridad real que implica que en algún lado haya castración, alteridad radical que hace a la posibilidad de la existencia del otro que el sujeto es en su división, así como a la existencia de los otros en tantos tales.

¿Cómo pensar el hecho de que Lacan proponga que la fórmula de la autorización del ser sexuado podría expresarse de un modo lógicamente equivalente al principio de autorización del analista? (Me refiero a fórmula en el sentido que lo plantea Norberto Ferreyra: un decir justo en palabras)

Me parece interesante la lectura que hace Ferreyra al plantear que el analista en el lugar del semblante de a vela y de vela, doblemente, no lo que no hay sino el hecho mismo de que no hay. El análisis es el lugar privilegiado donde eso se afirma, donde eso ocurre.

La autorización sexuada, así como la autorización del analista, queda articulada al hecho que se diga, en tanto algo de lo real de la ex-sistencia puesta en acto en el decir tome un sujeto, en un a-tiempo que articule, precipite, lo que del ser viene al decir.

La autorización como hecho de decir, en tanto acto, la entiendo con la lógica que desarrolla Lacan en el escrito “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”: en la autorización, el sujeto de la enunciación asume el acto de hablar en una no complementariedad de sí mismo (se autoriza de él mismo) en un tiempo definido como “lo que habré sido por lo que estoy llegando a ser” : pura falta en tanto $-\phi$, puro objeto en tanto a , siendo que esa falta y ese objeto tienen igual estructura. (Proposición del 9 de octubre 1967)

Entonces, volviendo a la propuesta inicial, “en tanto no hay relación sexual hay autorización”, ¿cómo articular allí la ética del psicoanalista.? o, citando a Lacan: ¿qué sería de un analista en la estacada, en el campo de desafío, e la ética que lo supone?

En un momento del Seminario 20, “Encore”, hablando de un viaje que hizo en tren a Milán, refiere haber dicho que reharía la ética del psicoanálisis, y dice: es porque la vuelvo a extraer— le puse este título absolutamente descabellado para una conferencia

a los milaneses, que nunca han oído hablar de eso, “El psicoanálisis en su referencia a la relación sexual”.

Entonces, ubico la ética del psicoanálisis en su referencia a la relación sexual, entendiendo que la ética del analista está hecha con la misma estofa que la relación sexual: con lo imposible de escribir. El analista, allí, en el lugar de semblante de objeto a, en “ese lugar de nadie”, aunque es necesario que alguien lo ocupe, practica esa profesión imposible.

Concluyo retomando las palabras de Marguerite Duras, “se desea como se escribe, siempre». Si se desea como se escribe, se desea con lo imposible de escribir la relación sexual. De eso se trata la ética del analista.

